

P. JUAN LUIS MANEIRO, S. J.

Nació en Veracruz el 22 de febrero de 1744. Murió en México, D. F., el 16 de noviembre de 1802.

Escribió en latín: *De Viris Aliquot Mexicanorum, aliorumque, que sive literis mexici imprimis floruerunt; De Vita Lopezii Portilli, Mexici primum deinde Valentis Canonici; De Vita Petri Mail, sacerdotis mexicani; Vita B. Virginis Mariae*, y en español: *Elogio de Don Antonio León y Gama; Relación de la fúnebre ceremonia y exequias del Ilmo. Sr. Don Alonso Núñez de Haro y Peralta, Arzobispo de México y Virrey de Nueva España*. Versión al latín de la obra del P. Lacunza *La Venida del Mesías*.

Fue Maneiro el biógrafo por excelencia de los jesuitas mexicanos con él exilados en Italia. Dotado de un conocimiento perfecto del latín y a base de los modelos de Nepote y Plutarco nos dejó una serie de hermosas y valiosas semblanzas, "ciertamente con una fidelidad tal, que en los hechos de cada uno aparezca no tanto el elogio del hombre cuanto su imagen expresada a lo vivo".

Su obra traducida en su totalidad —pues antes sólo se habían publicado algunas de las Vidas, la de Clavijero y Alegre por García Icazbalceta y por Gabriel Méndez Plancarte, ha sido hecha en limpia y cordial prosa por Bernabé Navarro en el libro Juan Luis Maneiro-Manuel Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, Prólogo, selección, traducción y notas de... México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1956, XXX-247 p. ils., (Biblioteca del Estudiante Universitario 74.)

Fuente: Juan Luis Maneiro y Manuel Fabri. *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*. Prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé Navarro B. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1956. XXX-247 p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 74), p. 121-133.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

Del matrimonio [de Blas Clavijero y Ma. Isabel Echegaray] nacieron once hijos, entre los cuales la prolífica madre dio a luz en tercer lugar a Javier, el 9 de septiembre del año de 1731, en la ciudad de Veracruz. Aquí aún era envuelto Javier en las fajas infantiles, cuando ya tuvo que marchar en la comitiva de su padre, quien había sido nombrado por el rey

de España prefecto, con dominio sobre los teziutlanos y después sobre los Xicayanos, cuya región es de las más fértiles en la Mixteca. Y por estos primeros acontecimientos de su vida nos parece ver claramente que el excelso espíritu de Clavijero había sido destinado por la Divina Providencia a la ardua empresa de escrutar alguna vez las cosas antiguas de México y sacarlas de profundas tinieblas.

Desde niño, pues, tuvo Clavijero un carácter vivo, una inteligencia clarísima y una propensión admirable a investigar todos los arcanos. Tuvo además un padre adornado por la naturaleza con magníficas dotes, muy culto en las bellas letras y diligentísimo en la educación de sus hijos. Tal padre fue para Javier lo que Cornelia en otro tiempo para los Gracos, de quienes sabemos por el orador romano que fueron educados no tanto en el regazo cuanto en las enseñanzas de su madre. Tuvo también un espíritu inclinado a noble sencillez, hecho para grandes cosas, siempre reconecedor del beneficio recibido, misericordioso por naturaleza, benévolo hacia aquellas gentes que tenían su origen en los primitivos indígenas de aquel suelo.

Tuvo asimismo desde pequeño ocasión oportuna de tratar íntimamente con dichos indígenas, de conocer a fondo sus costumbres y naturaleza, y de investigar con suma atención cuanto de especial produce aquella tierra, fueran plantas, animales o minerales. Por su parte los indígenas —a quienes trataba muy benignamente el prefecto Blas—, para ofrecerle algo grato, rodeaban a su hijo de singular amor y con emulación le prestaban sus servicios. Y no había elevado monte, ni cueva oscura, ni amena valle, ni fuente, ni arroyuelo, ni otro lugar que atrajera la curiosidad, adonde no llevaran al niño para agradarlo; no había tampoco pájaro o cuadrúpedo o flor o fruta o planta considerada como rara que no le presentaran como regalo y cuya naturaleza no explicaran, en lo que podían, al curioso niño.

Ciertamente si acontecieran todas estas cosas a niños de inteligencia ordinaria, quizá de nada servirían; mas a Clavijero, a quien Dios había destinado para grandes cosas en el campo de las letras, ni le sucedieran inútilmente ni contribuyeron poco para adornar su mente con eruditos conocimientos, los cuales inflamaron más y más su avidez y lo hicieron un historiador idóneo e instruido por la experiencia de las cosas. Aquí recordamos las palabras de cierto erudito que, hablando de esta educación de Clavijero, nos decía: “Esa for-

tuita coincidencia de tantas cosas de diversa índole, es como un semillero de conocimientos, que Verulamio deseaba fuera sembrado profusamente en las almas nobles tan pronto como llegan al uso de razón; pues en virtud de ese germen, una vez que el entendimiento desarrolla sus fuerzas, cultivará aquellas artes a que lo inclina la naturaleza y, cuanto más prontamente hayan sido puestas las semillas, tanto más hermosos frutos brotarán en la madurez.”

Sin duda, esta confluencia de hechos que le tocó a Clavijero, tanto por la región en que pasó su niñez, como por las atenciones de los indígenas y la diligencia de su cultísimo padre, creemos que preparó su mente para una amplia investigación de la naturaleza y para cierta insaciable avidez de aprender siempre más. Esta misma confluencia de circunstancias inspiró, fomentó y alimentó en su agradecido corazón una constante benevolencia hacia aquellos indios, por la cual indudablemente impulsado dedicó su esfuerzo y la elegancia de su pluma —en cuanto le fue posible— a salvar del olvido su historia.

No poco tiempo quitaba su padre al ajeteo de las ocupaciones para instruir por sí mismo a sus hijos en las cosas divinas, en la formación civil y en los demás conocimientos que creía convenientes a la dignidad de su linaje. Así, Javier, estando aún en las primeras letras, bebió de su padre las primeras nociones de historia, geografía, y de la constitución de este mundo, que el Supremo Hacedor dio a los hombres para que lo investigaran.

Formado medianamente con estos conocimientos, como era natural para tan cortos años, fue enviado a la Angelópolis, donde estudió primero la gramática en el Colegio de San Jerónimo y más tarde la filosofía en el de San Ignacio. Aquí demostró una clarísima penetración de entendimiento para aprender aquella filosofía que por entonces se enseñaba y de la que él mismo, después maestro, se esforzaría en eliminar muchas cosas inútiles, para que fuera substituida con la genuina filosofía de Aristóteles.

Después de haber alcanzado los honores que se concedían a la excelencia del mérito, es inscrito en el mismo Seminario entre los alumnos de los estudios sagrados. En esta ciencia, puesto que el vigor de su mente aumentaba cada vez más, apareció él como superior a su edad; y apenas había estudiado teología durante un año y pocos meses, cuando defendió públicamente las tesis con abundancia de argumentos y en forma extraordinaria, atendido el tiempo: por lo que fue uná-

nime la admiración de todos y la opinión de que en Clavijero se maduraba una gran gloria para las letras.

Pero aunque entonces fue la teología su principal preocupación, sin embargo, en las horas de descanso se entregaba con empeño a estudios agradables. Se deleitaba extraordinariamente con la lectura de los autores españoles que sabía habían sobresalido, ya por su talento, ya por su doctrina, ya por su prudencia de juicio, ya por la perfección de la lengua nativa. Más leía por ese tiempo con especial afición a Quevedo, a Cervantes, a Feijóo, al angelopolitano Parra y a Sor Juana Inés, poetisa mexicana de egregio nombre.

En general, ya desde aquella edad conoció y estudió asiduamente a los historiadores, a los poetas, a los críticos, a los autores de novelas, que imitan poemas e historias: todos los cuales eran en España de primera fila. Cuantas veces iba a casa de su padre —quien investido de un cargo real había fijado su residencia en la Angelópolis—, devoraba con suma avidéz las gacetas de noticias que venían de España. Mas, si al leer encontraba algunos vocablos extranjeros, preguntaba inmediatamente a su padre qué querían decir. De aquí concibió ardientes deseos de adornar su mente con el conocimiento de las lenguas, deseos que satisfizo después cumplidamente. Y nunca regresaba de su casa al Seminario sino cargado de amenos libros, para entretener con ellos el ocio cuando era posible descansar de los estudios teológicos.

Por aquel mismo tiempo ardía en deseos de aprender las matemáticas; y nunca contemplaba los instrumentos de esta ciencia, sin ser excitado vehementemente a su uso y conocimiento. Algunas veces estudiaba a Tosca y a Tacquet, y aunque no nos atrevemos a afirmar que los comprendió perfectamente, sin embargo, pedía luces a los otros y buscaba la amistad de aquellos que sabía eran versados en matemáticas. Por lo que tuvo trato entonces con cierto comandante de la Real Armada, así como con Santa María y Medina, arquitectos de primera categoría que florecían por entonces en la Angelópolis.

Deseoso de aprenderlo todo, no consideraba nada indigno de su linaje, por ejemplo hacer amistad con los artesanos de la ciudad, entre quienes los ingeniosísimos angelopolitanos nunca dejaron de contar con muchos Dédalos. Aun de su madre, cuya perfección musical era muy conocida, sacó este gusto, pues no menospreció aprender a tocar la flauta, cosa que resultaba un ornato propio de su edad y condición. En una

palabra, todos los impulsos de Clavijero estaban dirigidos a las ciencias y a cualesquiera de las disciplinas liberales, y no parecía tener otra predilección que instruirse en todo género de conocimientos. Ahora bien, cuando se ocupaba de estas cosas, apenas había alcanzado los diez y seis años de edad...

El 13 de febrero del año de 1748 dio su nombre a la Compañía; y terminado con notas de piedad y maduro juicio el bienio de noviciado, pasó, según costumbre, al estudio de las humanidades. Aquí Clavijero sobresalió por una nueva manifestación de talento: pues de aquel como almácigo de erudición que en nociones confusas había adquirido de pequeño, más tarde, por la lectura asidua de los buenos escritores, por las luces obtenidas tanto en el estudio de la gramática, de la filosofía y de la teología como principalmente en el contacto con hombres de clara inteligencia y refinado trato, brotaron por fin en este tiempo frutos enteramente maduros. Lo que se enseñaba en público a los demás alumnos, él lo aprendía con una perfección que a pocos es concedido alcanzar: pues se preocupaba por los principios de las cosas; relacionaba con toda diligencia unos conocimientos con otros; la verdad que con sus propias fuerzas encontraba, la escribía en apuntes; si leía una sentencia en los buenos escritores o un trozo de exquisita belleza, procuraba acercarse a ellos, en cuanto podía, mediante la imitación; repasaba no sólo con simple lectura sino con atenta meditación a los escritores latinos de buen gusto, y procuraba con todas sus fuerzas lograr un estilo armonioso y las virtudes de la elocuencia.

Con tal método de estudio hizo sorprendentes progresos en las bellas letras; y como si de la lengua latina fuera llamado e incitado suavemente a la griega, saboreó por sí solo y con grandes sudores las primeras nociones de esta lengua, a la que más tarde dedicó no inútil trabajo, pues entendió más que medianamente a los autores griegos, mostrándole el camino y conduciéndolo de la mano en estos estudios un alemán, varón doctísimo en griego y hebreo.

Por ese mismo tiempo se inició en la lengua hebrea, por lo menos cuanto fue suficiente para atenderla después en sus propios usos, asistido por la ayuda de aquel alemán. Y en general, de tal manera alimentó desde aquellos principios el estudio de las lenguas, que luego, más maduro, en edad, hablaba elegantemente como pocos el español, el latín y el mexicano; comprendía perfectamente el idioma francés y el por-

tugués y los escribía sin ninguna dificultad, si bien no le era fácil expresarse verbalmente en esas lenguas porque raramente se alcanza el uso oral de un idioma; entendía a los laletanos y a los mallorquinos como si fueran conciudadanos suyos, y podía hablar algo por lo menos con alemanes, ingleses y otros hombres tanto asiáticos como africanos.

En cuanto a las lenguas americanas, ora de la región boreal, ora de la austral, había curiosamente reunido, traducidas a más de treinta lenguas, muchas composiciones poéticas, los sagrados misterios de la fe y las oraciones que llamamos dominicales. De esta erudición en lenguas tan diversas, adquirió singular pericia para descifrar las mudas pinturas [de los indios]: pues por cualquier indicio era excitado a la investigación; dedicaba el más atento esfuerzo; relacionaba lo desconocido con lo conocido, lo cierto con lo dudoso; ponía todas las cosas ante una buena luz hasta alcanzar al fin felizmente, por los indicios, la verdad que investigaba.

Ni sólo fueron estas semillas las que fecundaron por entonces su mente, dispuesta para toda gran empresa, sino que, cuanto entendemos bajo el amplísimo nombre de bellas letras, todo en verdad lo alcanzó en este admirable desarrollo de su talento juvenil. Pues, por una parte, tuvo un conocimiento exactísimo de la elocuencia y de la poesía y se formó a sí mismo en todo de acuerdo con un renovado criterio; por otra, habiendo madurado su prudencia de juicio y escribiendo concienzudamente cosas limadísimas, logró un estilo enteramente seguro, simple, grave, que fluía fácilmente, más cercano a lo conciso, no mezclado de afectación, sino lleno de dignidad y hermoso con sencillez. En esta forma adornó entonces admirablemente aquella excelsa inteligencia que había llevado a esos estudios, y abrió para sí el camino de aquel perfectísimo conocimiento que en ellos logró poco después. Y ese conocimiento fue de tanta amplitud, que leyó con avidez y apreció con maduro juicio todo lo más excelente que en el campo de la elocuencia y de la poesía dejaron a la posteridad las naciones más cultas de nuestra edad o de los tiempos pasados. En fin, por este tiempo alcanzó Clavijero aquel saber y aquellas luces, cuya posesión le sirvió tanto para llevar una vida laboriosísima en las letras, y cuyas muestras podían verse fácilmente siempre que trataba él algún punto aun de las disciplinas más profundas.

Tan amplios conocimientos de esas cosas, apenas a la edad de 20 años, serían ciertamente de gran mérito aun cuando

hubiera tenido como maestros a los Aristóteles y Tulios o hubiera crecido en el siglo de oro del renacimiento de las letras. Mas él nació en aquel tiempo en que el degenerado gusto literario no había desaparecido por completo y había sido educado en una región de la tierra en donde se temía exageradamente que con las luces de las nuevas doctrinas se introdujeran también los errores contra la fe cristiana, que en otras partes se extendían profusamente: a la manera como en otro tiempo los religiosos padres capitolinos temieron que la cultura de los griegos corrompiera las costumbres de la juventud romana. Por eso Clavijero —para quien no fue leve trabajo destruir, en compañía de unos pocos, los prejuicios de este género— es digno indudablemente de las alabanzas y del recuerdo agradecido de la posteridad.

Enviado después a la Angelópolis para que, según la costumbre de la Compañía en México, repitiera la filosofía durante un año completo, sin ningún esfuerzo sobresalió entre los primeros, cuando en el examen acostumbrado defendió las noventa tesis. Digo que logró esto absolutamente sin ningún esfuerzo, porque tenía desocupada gran parte del día para satisfacer su insaciable deseo de saber y para adornar su mente con utilísimos conocimientos. Con Feijóo y Tosca como guías, había llegado a enamorarse de aquella filosofía que, madura ya en tiempo de las olimpiadas, nosotros llamamos moderna: y la cultivó en verdad con furtiva predilección —por decirlo así— en sus estudios privados. Buen tiempo estudió por ese año a Regis, Duhamel, Seguens, Purchot, Descartes, Gassendi, Newton, Leibniz, cuyas vidas e historia también leía, deleitándose admirablemente; y estimó y ensalzó a Fontenelle por los retratos que pintó de ellos.

Mas en las horas de descanso leyó también muchos otros volúmenes, ora los que encontraba a mano en la biblioteca de casa —donde se podían encontrar los más selectos autores—, ora los que espontáneamente le ofrecían aquellos cuya erudita amistad había cultivado en otro tiempo y que ahora, para rendir algún agradecimiento a aquel joven tan ávido de conocimientos, no consideraban nada molesto enviarle cuanto de raro y curioso salía recientemente de las prensas.